



CRÓNICA - CATALUÑA, NOVIEMBRE DE 2017

CONDENADA INDEPENDENCIA

POR JUAN BAUTISTA DURÁN

Se ven menos banderas en la calle, y las esteladas separatistas tienen que compartir espacio con la rojigualda española, la constitucional. Barcelona no es una ciudad independentista. Por sus calles anda gente de distintas procedencias e ideales, gente que no obstante puede considerarse barcelonesa y aun catalana, porque no está de paso. Solo de un punto a otro de la ciudad. Como en una manifestación, salvo que sin necesidad de ir en masa. Es una ciudad amable para el paseante, más bien tranquila y diversa, de distancias no demasiado largas. Así es Cataluña también, cuatro provincias ricas en recursos que se disputan en Barcelona sus particularidades. Si Machado denominó a Madrid el rompeolas de todas las Españas, Barcelona lo es de todos los catalanes, concentrados en sus calles con una frecuencia inaudita de unos años a esta parte. Desde 2010, dirán algunos, cuando el Estatut; desde 2012, dirán otros, cuando la gran manifestación catalanista en la Diada; desde 2014, dirán unos terceros, cuando el tricentenario de la Guerra de Sucesión.

En aquel entonces entraron los Borbones en lugar de los Austrias, y es algo que todavía se respira en la calle, un tufillo borbónico que ha obligado a los dirigentes catalanistas a crear un fuerte discurso antimonárquico. Antaño se decía que el catalán, cuando era fiel al Rey, lo era más que cualquier otro ciudadano. Ahora lo es en su rechazo, al menos en lo que al sentimiento de la calle respecta, con pintadas en los muros deseando la muerte del Borbón. Es Felipe VI, fue Juan Carlos, Alfonso XIII y así, echando para atrás en el trono, hasta Felipe V, el primer Borbón, cuando accedieron al trono en 1714. Barcelona fue la última ciudad en ser tomada, en una resistencia que terminó el 11 de septiembre de dicho año y que hoy da lugar a la fiesta nacional, es decir, la mencionada Diada. Son paradojas que transpira el alma catalana, y no tienen explicación cabal, como no la tiene poner un pie en una baldosa, el otro en la de al lado, y que ese metro cuadrado, según las fuentes, en día de manifestación equivalga a una persona, a una y media o a dos. Lo mejor sería contar como los niños, del uno hasta lo que los dedos de la mano den, y en adelante, a partir del once o del número que sea, decir muchos. Uno, dos, tres... muchos.

Mucha gente es la que había en el centro de Barcelona el 11 de septiembre de 2014, celebrando y reivindicando y lamentando, no está muy claro lo que hacían, el tricentenario. Ocuparon la Gran Vía y la Diagonal, de modo que al unirse en la plaza de las Glorias formaban una uve (para los argentinos, una ve corta; para

los catalanes una ve baja) de Victoria. Era lo contrario, sí, trescientos años atrás habían perdido, puesto que ellos deseaban seguir con los Austrias y sin embargo, debido a una reestructuración que afectó a toda Europa, en España entraron los Borbones e implantaron un centralismo a la francesa, contrario a los intereses de los catalanes. Es decir, de la Corona de Aragón. El último archiduque ya estaba en tierras austríacas en el momento en que Antonio de Villarreal, natural de Albacete, tomó el mando de la defensa de Barcelona y mitigó el asedio borbónico. ¿Qué victoria celebraban los catalanes trescientos años después? Difícil entenderlo sin apelar al tiempo póstumo al que la postmodernidad nos condujo, en que el futuro no es sino una dilatación del presente, una negación, hasta quebrar el presente mismo.

La victoria es la que se estaba consumando al unir a tantos cientos de ciudadanos en el centro de Barcelona, gente llegada de distintos puntos de Cataluña en autocares fletados por el Govern (gobierno catalán) o bien en vehículo propio, ya que para ese día los peajes tenían las barreras levantadas. Barcelona estaba tomada, imagen perfecta del rompeolas que es de todos los catalanes, sobre todo de aquellos a quienes en Madrid nada se les perdió. Por eso no eran conscientes al formar esa enorme uve de que, así como ellos decían victoria, otros podían leer el número romano del monarca que había accedido al poder ese mismo día trescientos años atrás: Felipe V. La historia de Cataluña, como la del conjunto de España y el resto de Europa, está escrita en uniones y acuerdos entre casas reales. En 1150 el Conde Barcelona, Ramón de Berenguer, se unió en matrimonio con la heredera a la Corona de Aragón, Petronila, una niña apenas a quien primero intentaron unir con el descendiente de la Corona de León. Necesitaban aunar fuerzas con tal de repeler los avances de la Corona de Castilla, con la que al fin se unieron, en 1479, en el matrimonio de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando. Y ya se sabe: tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.

En Barcelona lo llaman Ferran, que es la traducción al catalán de Fernando, pero de quien más orgullosos están es de Jaime I. Este fue el conquistador, transpirenaico y mediterráneo, figura cuyo Santo da nombre a la plaza donde se levantan solemnes el palacio de Generalitat (gobierno catalán) y el Ayuntamiento de Barcelona. Dos palacios enfrentados que, sin embargo, a la fuerza deben entenderse.

Estos días hay pancartas en la plaza, no pocos altercados y un ambiente que tan pronto va de la tensión a la festividad. ¿Y usted, está a favor o en contra de la independencia de Cataluña? «A mí la independencia me trae al paio —dice un señor de mediana edad—, yo estoy a favor del espectáculo; no disfrutaba tanto en años». «Por supuesto que sí —dice otro señor—, es nuestra dignidad histórica. Llevamos cinco siglos bajo la dominación castellana». Una señora lo corrige, sin embargo. Es mayor y anda por la calle entre asombrada y distraída. «En absoluto —dice—; si no ¿cómo habríamos llegado hasta aquí? Vivimos en un país democrático y quienes han faltado a la ley son los señores del Govern, por eso están ahora en la cárcel». «¿Se atreve usted a decir...? —responde el señor—. Nosotros defendemos la libertad de los pueblos». ¿Y eso qué significa? «Pues que puedan decidir su futuro, si quieren formar parte o no de otro Estado y el modo en que quieren ser gobernados». «Y eso lo deciden ustedes a la brava —dice la señora—, está muy bien. En otra época se lo llamaba real decreto, salvo que entonces no había democracia y era la mejor forma de gobernar que teníamos». «Y el pueblo estaba oprimido —dice el señor—, Cataluña siempre ha vivido oprimida».

Hay mucho ambiente en la plaza de Sant Jaume —es decir, Jaime—, cámaras de la televisión apostadas en distintos puntos, presentadores de toda calaña a la espera del momento en que aparezca alguna personalidad, sea de la fachada que sea; y para mayor espectáculo, se está rodando una película de época frente al palacio de la Generalitat. A las medidas habituales de seguridad se añade un cordón que separa al personal de la película de los transeúntes. Los actores están quietos, unos vestidos en harapos y otros con traje y bombín, carruaje incluido, a la espera de que suene la claqueta.

«Eso es mentira —dice por último la señora—: si se ha armado aquí la que se armó no es por opresión, es por exceso de libertades y por la falta de una presencia determinante del Gobierno de España en Cataluña. No se puede permitir que una región tenga varios medios públicos promoviendo el separatismo y que en la escuela se imparta la historia al gusto del gobierno local. ¿Sabe usted que en los libros de texto catalanes Cataluña no forma parte de España, sino nada más que de la Península Ibérica?».

El señor ya no atiende, se alejó con un gesto de desprecio hacia un extremo de la zona acordonada. No es el único. Una veintena larga de personas se reúnen allí para reclamar la libertad de los presos políticos. Lle-

van pequeños carteles, uno cada cual, similares al que cuelga del balcón del Ayuntamiento, institución muy flexible en la materia bajo el mando de Ada Colau. No se define a favor de lo uno ni de lo otro, sino todo lo contrario. Hay quienes ven en esta actitud un deje populista, en el sentido de contentar a cada momento al auditorio al que se apela; y quizá habría que llamarlo así, de no ser por el enorme ejercicio de populismo y demagogia al que se viene sometiendo al pueblo catalán en los últimos años. Desde las instituciones, desde los colegios, desde los medios públicos, desde la prensa subvencionada.

El objetivo de base que movió Cataluña a partir de la Transición fue la creación de un Estado propio, del cual el presidente Jordi Pujol, veintitrés años en el cargo, dijo que él se ocupaba de plantar la semilla para que sus sucesores instaurasen el Nuevo Estado. Lo ideal para Pujol habría sido que su hijo Oriol fuese el presidente que diera el paso, pero tanto Oriol como el mayor de los hermanos, Jordi Pujol Ferrussola, están en la cárcel por tráfico de influencias, cohecho y blanqueo de capital, entre otras imputaciones. La crisis económica que sacudió los mercados entre 2008 y 2012, con especial virulencia los países del sur de Europa, hizo saltar en España numerosos casos de corrupción de los que aún no se sabe la entera verdad. Quedan casos por investigar y nombres que juzgar. Toda la clase política se vio salpicada por la corrupción, incluida la Casa Real, en los años de menor popularidad del Rey Juan Carlos. Los oscuros negocios de su yerno, Iñaki Urdangarín, ante los que tanto él como su hija hicieron la vista gorda, unidos a sus viejas costumbres de monarca campechano y donjuán, causaron que la opinión pública se le echara encima y en 2015 se viera en la obligación de abdicar. Lo último que dijo acerca de la cuestión catalana fue que no eran tiempos para quimeras. Y su hijo y heredero, Felipe VI, está siendo el encargado de capear las arremetidas de la quimérica cuestión catalana.

A su vuelta de las vacaciones de verano, reunió a los jueces para pedirles el máximo compromiso con la Ley y la Constitución, en vista de los episodios que se avecinaban. El 11 de septiembre, Diada catalana, era la primera fecha sensible, seguida del 1 de octubre, día para el que el Govern había convocado un referéndum por la secesión. «¿Quieres que Cataluña sea un Estado independiente?». Las respuestas eran SÍ o NO, sin lugar para los indecisos; y para que este referéndum fuera vinculante los días 6 y 7 de septiembre se aprobó en el parlamento catalán una ley de transitoriedad conforme



el Govern se comprometía a llevar a cabo el resultado del referéndum. Pero esta ley salió adelante con solo setenta y dos votos, cuando la normativa del Parlament obligaba a un mínimo de noventa. Por ello la oposición al completo abandonó el hemiciclo, exigiendo que se reestableciera el orden parlamentario, lo que no sucedió. Tampoco se intervino la comunidad catalana, como algunas voces exigían, y el Rey no se pronunció más que para hacer un llamamiento a la serenidad, lejos del papel determinante que debe jugar en esta cuestión. El tiempo póstumo lo deja al Rey en una especie de no lugar que puede acabar siendo su condena.

Su intervención clave llegó el 3 de octubre a la hora del telediario nocturno, tarde si se lo compara con su padre en la noche del 23F y poco sensible con los ciudadanos catalanes, sobre todo aquellos que no defienden la independencia. Felipe VI actúa al dictado de la claqueta, tan teatral como el carruaje que hoy da vueltas frente al palacio de la Generalitat, circunscrito al cordón oficial. Todas las semanas despacha con el presidente del Gobierno; y lo que hizo en su discurso fue mostrar pleno apoyo al Gobierno, al tiempo que avalaba la intervención de la comunidad catalana, es decir, la aplicación del artículo 155 de la Constitución. Se presentaba como una medida inevitable. El 1 de octubre, por más que el Gobierno trató de impedir el referéndum, hubo colegios electorales abiertos y cargas policiales contra los ciudadanos que se amotinaron para evitar que la Policía cumpliera con la orden del juez de retirar las urnas. No se puede debatir unilateralmente la división de España, está escrito en la Constitución. Y hubo heridos, muchos menos de los que salieron en los medios, pero los hubo. Uno de ellos, grave. Los abultados números que se dieron a la prensa responden a la orden que el consejero de salud catalán mandó a los centros médicos de exagerar los datos. Nosotros, dicen, somos gente de paz. Y

hay una prepotencia moral en ello que choca con la soberbia castellana pero sobre todo ofende a la gente sensible.

En el referéndum hubo una participación rayana al cuarenta por ciento del censo y un resultado final, dentro de ese porcentaje, del noventa por ciento a favor del Sí y el diez restante del No. Debido a la intervención previa de la Policía, la consulta no pudo hacerse con garantías, ya que los sistemas electrónicos estaban bloqueados y hubo que proceder mediante censo universal y sin sobres. Cada ciudadano podía votar en el colegio que quisiera y el voto era contado a mano. El referéndum, por tanto, quedó en un triste espectáculo para los acólitos del separatismo, lo que no impidió que el Govern lo diera por bueno; consideró, además, que lo impelía a llevar a cabo la ley de transitoriedad aprobada en el Parlament. ¿Significa eso que el presidente catalán, Carles Puigdemont,

declaró la independencia? Sí y no y todo lo contrario. El Gobierno de España le dio una semana para que aclarase su postura, cosa que no fue posible. Se le pedía también a Puigdemont que convocara elecciones al parlamento catalán como medida para desatascar el entuerto y así evitar la aplicación del artículo 155 desde Madrid, la Generalitat intervenida y nuevas elecciones, ahora sí, para el 21 de diciembre. El detalle está en que no las convoca el gobierno catalán —Puigdemont no se decidió—, sino que son convocadas desde Madrid.

«Visca la República Catalana!», grita un espontáneo en la plaza de Sant Jaume. Visca! —es decir, ¡viva!—, claman otros al instante, incluidos algunos actores. De nuevo esperan que el sonido de la claqueta los ponga en marcha. Están en situación, en una soleada jornada del leve otoño barcelonés, algunos puede que acalorados entre el abrigo, el bombín, la bufanda y la imposibilidad de una ola de aire frío que atempere el ambiente y calme los ánimos. Tienen la mirada concentrada, no así los que están del otro lado del cordón, que deambulan entre la anhelada República (adiós al monarca) y la posibilidad de una huelga general catalana dentro de dos días. Y será la segunda, ambas convocadas por asociaciones afines al Govern. Los sindicatos poco tienen que ver en ello, y menos tras la marcha de capital que supuso el traslado en las últimas semanas de más de dos mil empresas a otros puntos de España, incluidos los dos bancos más grandes de Cataluña. De momento fueron las sedes sociales, pero cuanto más se alargue este proceso menos posibilidades habrá de que las empresas estén de vuelta. Esto no parece revertir la gravedad en el discurso oficial catalán, que persiste terco en sus objetivos, se lleve este proceso a quien tenga que llevarse por delante.

Son ocho los miembros del antiguo Govern presos, además de los presidentes de sendas organizaciones por la independencia financiadas por la Generalitat. La plaza de Sant Jaume y sus alrededores está llena de pancartas y carteles pidiendo su libertad, bajo la consigna de ser presos políticos. Esas pancartas se entreveran con rótulos de hoteles, tiendas de souvenirs o cadenas de restaurantes de comida rápida, llenas de turistas en el interior y de mendigos en el exterior. Cada cual hace su negocio con los carteles, y quien más quien menos intenta pisar el espacio perteneciente al vecino. No parece que esto vaya a tener fin, lo que acaso sea fatal. La brecha abierta en el centro mismo de la convivencia es enorme. Gran parte de los catalanes vive en realidades paralelas, de espaldas los unos a los otros, sujetos a banderas e itinerarios distintos. Lo mismo da que uno tenga una opinión o la contraria, siempre puede ofender al de enfrente.



*Juan Bautista Durán
nacido en Barcelona en 1985, es narrador
y editor de Comba.

FOTOGRAFÍAS DE JUAN BAUTISTA DURÁN